

El toque del pájaro carpintero

Cali, Junio 22 de 2006

A veces la poesía parece algo tan innecesario, tan poco real, tan fuera de este mundo. Los lugares comunes a llenar por completo las conversaciones, los pensamientos, los discursos. Podemos sobrevivir con frases ya refabricadas. De seguro alguien pasó ya por nuestras circunstancias y compuso las expresiones que requerimos. Si acaso fuera necesario, las ajustamos con un leve toque. Llegamos a creer que podemos prescindir de la poesía. Y nos acostumbramos a comunicarnos así, día tras día, en un lenguaje de banalidades.

De pronto, nos encontramos con alguien que nos muestra la poesía que hay en cada lugar, en cada momento, en cualquier episodio de una vida que ya creíamos carente de sorpresas. Alguien capaz de descubrirnos, con unas pocas palabras, que todo está por ser nombrado; de hacernos ver que es imposible no hallar prodigios a cada vuelta de la esquina, tras cada objeto, en cualquier instrumento, en una costumbre, en las más corrientes eventualidades. Es la trascendencia revelada, no sólo en los grandes momentos de la vida, sino también en lo más elemental. La capacidad de sentir, que habíamos escamoteado para evitarnos riesgos y compromisos, nos la restituye mediante una o dos frases. Quien aparece es un milagrero, y su instrumento es el verbo. Tal es Javier Tafur González, taumaturgo revelador de la poesía dormida detrás de la cotidianidad.

¿Cómo lo hace? ¿Cómo es posible que alguien encuentre aún poesía en un mundo tan lleno de convencionalismos?

Ha tenido maestros cercanos –la tierra, los días, los habitantes de nuestro paisaje, los campesinos y los ciudadanos de nuestra tierra. Además, se ha hecho consciente, a través del lenguaje, de una herencia presente, sólo en el origen algo más lejana: la cultura mozárabe que, sin saberlo muchos de nosotros, compartimos. La copla y la sentencia, densas y profundas, son formas que recoge de esas fuentes íntimas, de esas tradiciones.

Para acercarnos a sus temas, conviene imaginarnos a alguien que, tras haber recorrido un camino largo y lleno de

ocurrencias, se detiene un momento a recordar y a reflexionar. Ha vivido la naturaleza, el sol, el tiempo, los árboles, la bruma. Encuentra unos niños que juegan, y eso le lleva a la infancia. Tiene quizá su casa en los límites de la ciudad, porque no sólo sabe del viento en samanes y guaduales, sino que también puede recoger los ecos de las plazas, los pregones de los vendedores, el ladrido de los perros callejeros, el drama de los mendigos, el griterío de los colegios, la lluvia en los cementerios. Penetra en el interior de esa casa y es también un adentrarse en el alma. Se sienta a escribir, ya veces le interrumpe el ruido de las balas. Saca fuerzas del amor que siente, de la memoria de quienes han amado. Sabe que la muerte es parte de la vida, y hay también espacio para ella en sus poemas.

Hace pocos lustros que otra vertiente ha venido a confluir en su obra. Es la cultura milenaria de la poesía oriental, de la China y el Japón.

Es natural que haya ocurrido. Sus preocupaciones son comparables a las de los grandes maestros del oriente, de Onitsura, de Ryokan, de Basho, de Buson, de Issa, de Shiki. En sus libros ha cosechado la breve flor del haiku, y con ternura la ha trasplantado al trópico.

La poesía de Javier Tafur González le refleja y nos refleja. Al leerle y al escucharle, sentiremos en el tronco el toque repetido del pájaro carpintero, de la poesía que ha venido a despertarnos.

Rodrigo Escobar Holguín